

Solemnidad. La Natividad de San Juan Bautista (24 de junio)

Fábrica de silencio

"Isabel dio a luz un hijo. Y a Zacarías se le soltó la lengua y alababa a Dios" San Lucas, cap.1

En el primer libro de los Reyes, encontramos a Elías deseoso de hablar con el Señor. Subió hasta el monte Horeb y allí retumbaba el huracán. Pero el Señor no estaba en el huracán. Después hubo un gran terremoto. Pero el Señor no estaba en el terremoto. Luego fulguró el rayo. Pero el Señor no estaba en el retumbar de los truenos. Finalmente llegó una brisa tan blanda que parecía tejida de silencio. Y Elías se tapó la cara con el manto porque allí hablaba Dios.

Hoy celebramos el nacimiento de San Juan Bautista. Apareció un gran profeta; ninguno como él entre los nacidos de mujer. Y como preparación a su alumbramiento misterioso, Zacarías, el esposo de la anciana Isabel, se queda mudo durante nueve meses.

Las maravillas de Dios se preparan en el silencio y sólo se pueden contemplar en el silencio.

El Bautista es un hombre fuera de lo común. Asombra su sinceridad: no se apropia las grandezas ajenas y declara llanamente que él no es el Mesías, apenas su precursor. Dice la verdad sin adornos. A los ricos: compartan sus bienes con los pobres. A los cobradores de impuestos: no exijan más de lo debido. A los soldados: no molesten a nadie con falsas denuncias. A Herodes: no te es lícito tener la mujer de tu hermano.

Su voz es firme y vibrante. Es el hombre del desierto, amigo del silencio. Sabe hablar, porque ha aprendido a callar.

Vivimos aturdidos por la algarabía e intoxicados de bullicio. Qué podemos hacer?

Hay un silencio que se puede fabricar, aún viviendo entre la gente. Los santos lo llamaron el silencio interior. Se construye cuando serenamos nuestras preocupaciones, cuando aplacamos un poco las tensiones del trabajo o del estudio y empezamos a mirar nuestra vida desde dentro. Entonces las cosas que nos rodean aparecen en su verdadera dimensión y encontramos a Dios en el fondo de nuestra conciencia.

El campo es tan hermoso porque allí todavía reina el silencio. Lástima que los campesinos no lo sabemos disfrutar y los de la ciudad, cuando nos refugiamos en él, solemos llevar con nosotros nuestro equipaje de ruido.

El lugar de este silencio interior es el hogar. Al regresar a casa, podemos construir el silencio. Es la voz dulce de la esposa, el diálogo amable y cariñoso con los hijos, el examen sereno y manso de nuestra conciencia. Entonces como una brisa que se adentra de puntillas hasta lo más hondo del ser, Dios llega a nosotros.

Hay otro silencio que también vale la pena fabricar. Consiste en no decir la palabra inoportuna, callarnos cuando el prójimo no está dispuesto para la corrección, no hacer el comentario que destruye la fama ajena, no responder con ira cuando nos ofenden... En este silencio también se encuentra a Dios.

Nuestra vida pudiera ser más serena y feliz y más plácida, si aprendiéramos un poco a callar. Kaloni Kienga, aquel misterioso navegante de una novela de Morris West, nos dice: "Después de cada faena soy como una cuerda deshilachada. Entonces me siento en silencio a trenzarme de nuevo; miro hacia dentro y sueño. Permanezco en silencio, porque cada palabra es un hilo que le arranco a mi cuerda."

San Juan Bautista

Un anuncio de alegría

"Sucedio que mientras Zacarías oficiaba delante de Dios se le apareció un ángel que le dijo: No temas"
San Lucas, cap.1

Renovar las brasas y los perfumes ante el Santo de los Santos. Ofrecer el incienso tarde y mañana. Tal era el oficio del anciano Zacarías en el templo de Jerusalén. Mientras desempeñaba su tarea sacerdotal le habló un ángel del Señor: No temas. Tu esposa tendrá un hijo. Yo he sido enviado para anunciarte una buena noticia.

Aquí aparece el verbo preferido de San Lucas: Anunciar. Lo encontramos diez veces en su evangelio y quince, en el libro de los Hechos, casi siempre relacionado con una próxima alegría. En un pueblo pobre y oprimido, donde hace varios siglos no aparece un profeta, es necesario sembrar la esperanza.

Juan Bautista, el hijo de aquella promesa, abre el Nuevo Testamento. Nos señala a Jesús, el Salvador, el que quita el pecado del mundo.

El nacimiento de Juan llega precedido de signos: Habla un ángel. Su padre queda mudo. Isabel, ya anciana, puede concebir. Parientes y vecinos sospechan que el Señor ha mostrado su misericordia.

Con frecuencia pecamos contra la esperanza. Son tan densas las sombras. Tan oscuros los caminos. Tan dolorosos los acontecimientos. Tan amargas las noticias. Nos cuesta aguardar un futuro mejor. Es más fácil la desesperanza.

Es entonces cuando aparece la palabra de Dios para iluminar nuestras circunstancias.

Así como en tiempo de Zacarías, también hoy Dios visita a su pueblo.

Meses después, cuando nace el niño, hay revuelo en el contorno. Zacarías recobra el habla y San Lucas pone en sus labios un largo himno de alabanza: Bendito sea el Señor que ha visitado a su pueblo.

Hacia el final, la palabra de Zacarías se hace más concreta para señalar la vocación de su hijo. Allí volvemos a encontrar una promesa de alegría. Este niño anunciará la Salvación. Porque el Señor, que tiene entrañas de misericordia, perdonará nuestros pecados.

El nos visitará iluminando como el sol nuestro horizonte. Tendrán luz quienes habitan en sombras de muerte. El Señor guía nuestros pasos por el camino de la paz.

El himno de Zacarías no es un adorno del Evangelio de San Lucas. No es un recuerdo de aquella época difícil. Es palabra de Dios para los que hoy lloramos y sufrimos. Es semilla de esperanza, pese a nuestras catástrofes personales y sociales. Es una promesa de alegría respaldada por el poder de Dios. Como aquellos vecinos de Zacarías e Isabel, sospechemos que el Señor está cerca. Tan sólo espera la llamada de nuestro compromiso cristiano.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y